

de Emilio, con éste. Rosalía se va, quedando sola Margarita.)

EMIL. ¡Siento en mi corazón un consuelo! (al salir á Matilde.)

MAT. Es el bien, que derrama en él su rocío.

ESCENA XI.

MARGARITA, RAYMUNDO QUE ENTRA: AL FINAL VALENTIN.

(Rápida toda la escena.)

RAY. (Al entrar.) Aquí está: no me engañé. (Acercándose á ella.) ¡Margarita!

MARG. ¿Quién? ¡Ah! ¿vd. aquí?

RAY. Sí, siguiendo sus pasos.

MARG. ¡Oh! Siempre este hombre!

RAY. ¡Siempre!

VALEN. (Saliendo á la puerta del cuarto de Emilio y dando paso á Raymundo.) Que pase vd.

RAY. ¡Gracias, caballero! (saluda y entra.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

EMILIO Y ROSALÍA; AQUEL EN LA ESCENA, ESTA QUE ENTRA.

ROSAL. ¿Ya le sirvo á vd. su café?

EMIL. No, Rosalía, no tengo aun ganas. (Momento de silencio. Rosalía se aparta, contemplándole afligida.) ¿No te has ido?

ROSAL. No, Señor, y no me iré hasta que vd. me diga en que le he desagradado, y por qué he merecido su enojo.

EMIL. Vaya, locuela, si no estoy enojado contigo, ni tu me has dado mas que motivos de gratitud, al ver el afán conque me atiendes. ¿Por que piensas lo contrario?

ROSAL. Lo pienso, porque ahora me aleja de su lado; lo pienso, porque otra persona y no yo, lee á vd. sus libros favoritos; otra persona y no yo, lleva á vd. al jardín: y esto..... indica que por algo he merecido tal castigo. (Llorando.)

EMIL. Niña, niña,..... disculpa esas ideas en tí, porque me prueban tu cariño: celocilla..... pero todo

tiene su explicacion; si ya no te pongo á leer, es porque no necesitas ya ejercitar la lectura; ya sabes perfectamente.

ROSAL. Pues bien, ¿á qué ese empeño de enseñar á leer á una infeliz muchacha como yo? ¿á qué ese afán de que sepa escribir, y todo cuanto vd. hace que me enseñen? No quiero saber leer, si no me ha de servir para distraer á vd. con mi lectura: no quiero saber escribir, si esto ha de ser inútil para vd.; no quiero, en fin, nada que no sea para aquel á quien tanto debo. *(Entre risueña y llorosa.)*

EMIL. Rosalía, hija mia; deja esas ideas..... ¡que alma de niña! Vaya; cuéntame tus adelantos en la escritura, porque de esos no puedo juzgar por mí..... cuéntame, ¿ya sabes bien?

ROSAL. Sí; pues bonita soy yo para no poner mis cinco sentidos en aprender lo que vd. tiene tanto empeño en que yo sepa ¡si vd. pudiera ver! mi maestro dice que en esta semana me dará las últimas lecciones..... diga vd. si no estaré adelantada.

EMIL. Bien, hija; mi deseo es que sepas, para que mas tarde.....

ROSAL. Sí, para que mas tarde, esos dones de que vd. me ha colmado, de nada le sirvan..... Pero ya quedamos en que no ha de ser así ¿es verdad?

EMIL. Sí, ya quedamos. *(Sonriendo.)*

ROSAL. Quedamos en que yo sola le he de leer á vd. *(Rapidez hasta el final de la escena.)*

EMIL. Sí, hija.

ROSAL. Quedamos en que yo sola le he de escribir á vd.

EMIL. Sí, sí.

ROSAL. Quedamos en que yo sola he de llevar á vd. á paseo.

EMIL. Sí, sí.

ROSAL. Quedamos en que no está vd. enojado conmigo.

EMIL. ¡Oh, no!

ROSAL. Y quedamos en que vd. me ha de querer mucho! *(le abraza y sale corriendo: al salir se encuentra*

con Margarita.) ¡Ay Señorita, si viera vd. que feliz soy!

ESCENA II.

MARGARITA, EMILIO.

MARG. Pero ¿qué le pasa á Rosalía que tan contenta sale de aquí?

EMIL. Cosas de su edad.

MARG. No, Emilio, es que tú tienes el don de derramar la felicidad á cuantos te rodean..... felicidad que tú prodigas á costa quizá de la tuya.

EMIL. No pienses eso, Margarita; es que esa niña me distrae, y nada mas.

MARG. En vano pretendes minorar la grandeza de tus acciones, amigo mio; con otros lo podrás hacer, ¡pero conmigo!..... conmigo que siento en mi alma esa benéfica influencia, que sabes derramar en los seres que te rodean.

EMIL. Vaya, Margarita, deja esas exageraciones y hablemos de tí..... ¿estas contenta? ¿eres feliz?

MARG. ¿Y tienes valor de preguntármelo? ¿y lo dudas? tú, á quien puedo decir que debo la vida; ¿tú dudas que la existencia que me has proporcionado sea feliz?

EMIL. Pues bien, Margarita, he aquí recompensado mi anhelo ¡si vieras cuanto bien me hacen tus palabras!

MARG. ¿Cómo? ¿te hace feliz el que yo te manifieste el inmenso sentimiento de gratitud que abrigo? ¿dudas que existe esa virtud sobre la tierra?

EMIL. No, no dudo; sino que al decirme tú que vives contenta, y que debes ese bienestar á un ser tan inútil como yo, Margarita, te aseguro que esta idea me reanima; me hace amar la vida, y abre ante mis muertos ojos el cielo.

MARG. No te comprendo, Emilio.

EMIL. Pues compréndelo, amiga mía: tú que crees deberme la ventura, tú eres la que labras la mía: no se si podré explicarme..... (pausa.) acostumbrado á vivir en mi eterna noche, reconcentrando mis pensamientos, mis sensaciones, no sé ni como hacerte comprender las de mi alma. Cuando yo me hallaba rodeado de sombras, muerta mi alma, disfrutando unas comodidades, que Dios me habia concedido sin necesitarlas, entonces yo me comparaba con los demas seres, ¡oh! y mi desesperacion era profunda, aunque callada. ¿De qué me servia esa alma? ¿de qué esos dones de la riqueza? ¿de qué en fin esa existencia estéril y sumida en una eterna noche? ¡Ah Margarita! el horrible vacio era cuanto yo encontraba..... pero hoy, hoy que un ser tan digno como tú se acerca á mí, me toma la mano, y me dice estrechándomela: "Emilio, tu vida no es inútil, tú me haces feliz, tu existencia me es necesaria" ¿no es esto la suprema felicidad?

MARG. Emilio, no se que hay en tus palabras, en tu acento, que al escucharlo va á herir las fibras mas delicadas de mi alma..... pero ya se ve, es el contraste; acostumbrada en mi horfandad y abandono á no encontrar en cada sér de los que pasaban á mi lado sino indiferentes ó verdugos..... hoy, traida por la mano de la Providencia á tu lado, respiro esa atmósfera de ternura y bienestar que tú has sabido formarme. ¡Oh bendito seas, Emilio!

ESCENA III.

DICHOS Y MATILDE.

MAT. ¡Qué dulces suenan en los oidos de una madre las bendiciones para su hijo! ¿Cómo ha amanecido hoy el dia para mi Emilio?

EMIL. Ya lo ves, madre mia: tienen vds. tanto empeño en bañar mi frente con el sol de su ternura, que ni estraño no ver el del cielo.

MAT. Me alegro, hijo mio, de hallarte tan contento..... vamos, toma mi brazo; hoy no cedo á nadie el derecho de ser tu guía en tu ejercicio diario. (Dándole el brazo.)

EMIL. Pues de este modo caminaría hasta el fin del mundo.

MAT. ¡Adulador! Volvemos, Margarita.

ESCENA IV.

MARGARITA.

¡Qué corazon! ¡qué alma!..... aun no creo mi nueva situacion..... ¿es posible que exista un sér absolutamente estraño para mí, y que cifre su ventura en hacer mi felicidad?..... ¡Respira alma mia! ¿quién será el que hoy me arrebate mi tranquilidad?

ESCENA V.

MARGARITA Y RAYMUNDO.

RAY. (Entrando.) Un servidor de vd., Margarita.

MARG. ¡Ah! ¡Este hombre!..... (Quiriendo irse.)

RAY. (Deteniéndola.) ¡Silencio, y quieta!..... nada de escándalo: ya comprenderá vd. á quien perjudicará mas de los dos.

MARG. Pero no concibo esa audacia..... ¿vd. aquí?.....

RAY. Nada tiene de estraño: soy amigo de Emilio, este título me dá derecho á presentarme en esta casa, y de cuyo derecho pienso hacer uso, aunque disguste con ello á alguna persona.

MARG. Entónces permítame vd. que me retire y avise...

RAY. Nada de eso, Señora; tenemos que hablar los dos, y nunca ocasion mejor como la presente.

MARG. Pero.....

RAY. Nada, Margarita; vd. creyó que acogándose al sagrado de esta casa, Raymundo, á quien vd. ha burlado, se daría por satisfecho, y temblaría ante tan terrible fortaleza..... ¡poco me conoce vd.! no sabe que ha herido mi amor propio aceptando de otro, lo que yo le ofrecía.

MARG. Caballero, ruego á vd. no me obligue á oír unas frases.....

RAY. Al contrario, bueno es que nos expliquemos: mucho tiempo hacía que yo me ocupaba de la suerte de vd., que yo le ofrecía..... (*Muy marcado.*) lo que vd. ha aceptado de otro.

MARG. Pero esto no es tolerable..... ¡comparar las infames ofertas de vd. con!.....

RAY. Sí, con la hipócrita protección de Emilio. Nada tiene de estraña esa comparacion..... pregunte vd. al mundo, y comprenderá que igualmente la vería á mi lado ó al del ciego..... nomas que lo segundo tendría mas poesía, por lo romancesco del personaje; pero en el fondo.....

MARG. Caballero, ¿vd. se atreve á profanar lo mas santo, lo mas noble?.....

RAY. Advierto á vd. que yo no participo de su carácter novelesco: que en mi no hallarán eco esas declamaciones: que yo veo al mundo por su lado frío, pero positivo, y juzgo que esa sociedad, que donde no halla un vicio lo inventa, y donde ve un crimen lo cubre; si no se fijaba en la jóven abandonada, sí se fijará en la jóven protegida; y se escandalizará de esa inucitada protección: y se sentirá herida, y alzará un grito de reprobacion que perderá á su víctima para siempre. Conque ya vd. ve, que diferente modo tenemos de ver las cosas, Margarita.

MARG. Pero esto es inicuo.....

RAY. Sí, lo será..... y que vamos á hacer..... ni vd. ni yo hemos de darle distinto ser á la exigente sociedad..... pero yo sí me puedo aprovechar de esas ventajas; me puedo hacer el mas celoso declamador, y puedo cubrir mi venganza haciéndome eco de..... de.....

MARG. De la calumnia, dígalo vd. de una vez.

RAY. Pues bien, sí, de la calumnia; pero á la que nadie dará su verdadero nombre.

MARG. Pero esto es espantoso! ¿no hallará la víctima del infortunio un asilo, ni aun en el santuario de la caridad, bajo el velo de su purísima inocencia?... Concluyamos ¿qué es lo que vd. pretende? ¿ya no agotó vd. cuanta hiel manaba de su corazón para inundar el mio?..... ahora, caballero, por compasion ya basta; déjeme vd. en mi oscura y humilde tranquilidad.....

RAY. Vamos; aun veo que necesito ser con vd. mas explícito: sea. Despues de lo que he dicho ya á vd., debe esperar de mí todo ¿comprende vd. Margarita, *todo?* O arrepentida de su repulza, cae vd. en mis brazos, ó no me detendré hasta consumir su ruina.

MARG. Pero á este hombre le abortó el inferno..... Sin embargo de esas terribles amenazas ¿por qué le he de temer? ¿piensa vd. que la inocencia no tiene su orgullo? ¿piensa vd. que hoy, apoyada, protegida por los nobles séres que me han abierto sus brazos, no me siento con valor para confundir á vd. y librarme de la horrible presion que ha tiempo viene ejerciendo sobre mi desgraciada existencia,? sí, sí, tendré ese valor..... yo hablaré, yo diré quien es vd.; yo pondré de manifiesto su horrible conducta.

RAY. Cuídese vd. bien de hacerlo; cuídese vd. de la mas ligera indicacion, porque á la primera palabra ¡ay de Margarita!

MARG. ¿Y qué puede vd. hacer que no haya intentado?

RAY. ¿Qué puedo hacer? muy poca cosa; decir á esas honradas gentes, á esos generosos séres, que creen proteger á un noble infortunio, que lo que han abrigado en su seno es la mas hipócrita corrupcion!

MARG. ¡Oh! no, imposible, no creerán esa calumnia.

RAY. Sí, sí la creerán; porque yo les diré que reclamo no á mi víctima que salvan, sino á mi infel querida..... y ya ve vd., el mundo siempre juzga unidos en infame consorcio la miseria y el vicio..... pero tal vez venga alguno..... Una última palabra..... respóndame vd., porque me importa saberlo ¿ama vd. á Emilio?

MARG. ¿Pero con qué derecho?.....

RAY. Le pregunto á vd. si ama á ese hombre?.....
(*Con energía.*)

MARG. Pues bien, sí; le amo como se puede amar al ángel salvador; como se ama al que debemos nuestra felicidad.

RAY. Basta! ya sé á que atenerme..... y por última vez advierto á vd. que si mienta vd. mi nombre en esta casa, me presentaré entónces dándome á conocer á Emilio como su amante de vd..... Ahora que he dicho á vd. cuanto tenia que decirle, bien puede vd. retirarse, Señora,..... ¿no se va vd?..... ¡mejor.....! si nos hallan juntos, tendré ese paso adelantado.

MARG. ¡Dios mío! ¿qué va á hacer este hombre? (*Váse.*)

ESCENA VI.

RAYMUNDO.

Ella le ama..... no me cabe ya duda..... veámos si él ama á Margarita..... y obremos entónces.....

ESCENA VII.

**RAYMUNDO, EMILIO, CONDUCIDO POR ROSALÍA,
QUE SE VA A POCO.**

ROSAL. Aquí hay gente..... ¡ah! ¡éll!

EMIL. ¿Quién, hija mía? ¿por qué te siento temblar?

ROSAL. (*Bajo.*) No sé Señor, pero á mí me da miedo ese hombre. (*Váse ahora.*)

RAY. Buenos dias, amigo mio.

EMIL. Raymundo, tú por aquí?

RAY. ¿Lo estrañas? no tienes por qué..... ¿acaso nuestra antigua amistad ha dieminuido? si he dejado de verte, ha sido porque engolfado en mis negocios, no me dejaban estos un momento libre; pero hoy que puedo, no me olvido de tí, ya lo ves. Te agradezco que le consagres tu tiempo á este pobre ciego.

RAY. Pero veo que al pobre ciego no le falta mas que la luz, para ser completamente dichoso, ¿me equivoco?

EMIL. Mira, Raymundo, has tocado una cuestion que ni yo mismo puedo á veces resolver. ¿Que sí soy feliz..... dices? Yo mismo lo ignoro. Te confieso hay momentos en que me siento tan abatido, que la muerte seria para mí un consuelo, y llego hasta desearla; pero luego mi alma se eleva, y un indecible bienestar se derrama en mi corazon, y entonces amo la vida, y tiemblo á la sola idea de perderla..... ¿por qué es esto? no lo comprendo.

RAY. ¡Alma de niño! Veo Emilio, que poco te ha enseñado el mundo, y que yo tendré que hacerte algo de lo que él no te ha hecho; tendré que despertarte una idea, que aunque dormida, existe en tu alma, y que tú ni sospechas su existencia.

EMIL. No comprendo..... pero veámos ¿qué me quiere enseñar mi mundano maestro?

RAY. Una cosa bien sencilla por cierto; que esas alternativas, esa agitacion no tiene otra causa sino una muy natural y al alcance de los ojos, aunque estos sean de un ciego..... es el amor que ocupa tu alma.

EMIL. ¡El amor!

RAY. Sí, y si yo me equivoco no es culpa mia, pues segun tus palabras y la autopsia que me has hecho de tu corazon, no puede ser otra cosa.

EMIL. Pero si eso es imposible; si á mí me está vedado ese sentimiento..... no consideras que seria hasta ridículo en mí confesarlo.

RAY. (Le amal..... demos el golpe de gracia!) Ahora bien, si yo despierto en tu alma esa idea, confíesame que al sentirla que se levanta en ella, ya la ves encarnada en Margarita. (*Muy marcado.*)

EMIL. (*Sin poderse dominar.*) ¡En Margarita! pero ¿quien se atreve á señalar á ese ángel? ¿quién?....

RAY. Tu espanto te traiciona, Emilio. Vamos tranquilízate..... aunque se sospeche esto, aunque se diga..... yo.....

EMIL. ¡Ah! desgraciado de mí ¿pero es posible?.....

RAY. Sí, ya sabes que el mundo presume tener una suspicacia admirable; todo lo pretende adivinar.... Pero cálmate, y perdona mi indiscrecion; al fin estamos solos, y yo no tengo ningun derecho á tus confidencias, así nada me digas..... te dejo y procuraré volver á verte pronto..... ¡adios!

EMIL. ¡Adios, Raymundo,..... si supieras cuanto mal me has hecho!

RAY. (*Al irse.*) ¡Imbécil que me ha entregado su secreto!..... Estaré á la mira.

ESCENA VIII.

EMILIO.

No hay remedio!..... he dejado adivinar este secreto, que avaro guardaba en el fondo de mi co-

corazon..... Dice bien Raymundo..... una mano profana levanta el velo que cubria mi tesoro,... y el mundo pretenderá manchar con su aliento esta purísima emanacion de mi alma: y yo, que soñaba dar la felicidad á ese ángel.... yo labraré su desgracia.....

ESCENA IX.

EMILIO, MARGARITA.

MARG. (Ya está solo.) Emilio?

EMIL. Margarita, ven, acércate: y gracias porque has venido cuando tanto te necesita el corazon.

MARG. Pero ¿qué agitacion es esa, amigo mio?..... bien me temia algo de ese hombre..... háblame ¿qué te ha pasado?

EMIL. Ese hombre me espanta, Margarita; porque ese hombre ha venido guiado por no sé que fatal instinto, y con sus palabras me ha destrozado el corazon.

MARG. Era de esperarse, porque Raymundo es uno de esos seres maldecidos, que emponzoñan cuanto tocan.

EMIL. Pero no te entiendo..... ¿caso tú le conoces? ¿caso?.....

MARG. Emilio, recuerda que tu generosa mano me ha sacado del fango,..... y allí, en esa impura atmósfera es en donde alientan seres como ese..... Pero no se trata de mí..... se trata de tí á quien me temo que haya..... háblame por piedad, Emilio ¿qué te ha dicho ese hombre?

EMIL. No, en realidad él no es culpable..... yo soy el que me avergüenzo de mí mismo.

MARG. ¿Tú avergüenzarte, tú Emilio?.....

EMIL. Sí, yo, yo que voy á confesártelo todo, porque no quiero hacer á tus ojos un infame papel; no quiero ya mas aparecer ante tí como un sér no-

ble, generoso y rodeado de esa aureola que tu agradecimiento ve brillar en mi frente..... todo lo vas á saber, todo.....

MARG. Pero, ¡Dios mío! ¿qué es lo que me vas á decir?

EMIL. Sábelo, Margarita, ese hombre mas honrado, mas leal que yo, mas enérgico, ha tenido valor para mirarme frente á frente; para leer en mis ojos sin luz; para ir á buscar en la sombra de ellos el pensamiento que envuelve mi alma, y el que yo creía cubierto con las tinieblas que me rodean: y con audaz mano, en fin, me ha arrancado la máscara de sombras con que yo me cubría..... Ha descubierto que te amo!

MARG. ¡Ah! ¿y eso es lo que tanto te agita, Emilio?

EMIL. Sí, porque hoy ya aparezco ante tus ojos como me debes ver, ofendiéndote.

MARG. Vuelve en tí, Emilio,..... si tu sublime amor no es una ofensa; si me anonada, es porque no me creo digna de él..... Acuérdate de mi pasado, del modo que llegué ayer hasta á tí..... ¡pero ofenderme tú!

EMIL. Es decir, que no te hiere este inmenso sentimiento?..... pues bien, Margarita, sábelo, ángel de mi ventura, te amo con ese amor con que aman las flores al sol, con que los campos aman á las lluvias, con que las aves aman á los bosques, en fin, con ese amor universal con que la creacion ama á su Criador.

MARG. ¿Pero á mí, Emilio,? ¿á esta criatura infortunada?

EMIL. A tí, dulce ángel del dolor, á tí, víctima inocente de la desgracia: ese dolor; es el que te ha engrandecido, esa desgracia es la que te ha santificado.

MARG. Entonces, amigo mío, ¿por qué te reprochas como un crimen ese sentimiento?

EMIL. Por la sociedad, Margarita; por esa injusta sociedad, para la que nada hay puro..... así me lo dijo Raymundo..... ella verá un crimen en este

sentimiento..... pero tú no lo crees así ¿no es verdad? Compréndelo, Margarita, este amor es mi vida, porque cuando en nuestra primera edad ¿lo recuerdas? nos encontramos en el mundo, tú, niña indolente y descuidada pasaste á mi lado, y entonces te dije que te amaba..... yo, te lo dije riendo,..... tu lo escuchaste jugando..... y la oleada de la vida nos separó. Apoco yo perdí la luz, era ciego: y al oscurecerse para mí el mundo, al quedar sumergido en la eterna noche, la imagen de la indolente niña quedó grabada en mi corazón con las vivísimas tintas de la luz..... y esa arrobadora vision formaba los dulces ensueños del ciego..... pero ya no era el amor que todos sienten, el amor de que todos hablan; no, era una adoracion á un sér ideal, sin nombre, sin formas, que constituia mi vida..... y ese sér eras tú, tú misma idealizada..... Yo no volví á saber de tí; jamas indagué lo que hacias, ni el lugar en que habitabas..... ¿para qué? ¿qué me importaba buscarte en la tierra, si vivias acá en mi corazón? Pues bien, al hallar que aquel mi sueño delicioso tomaba forma, que aquel adorado fantasma se animaba, al verte, en fin á mi lado..... ¡oh! entonces te adoré á tí, Margarita, con la fé de un creyente..... y los hombres al robarme el secreto de mi adoracion verán en él un crimen..... Todo lo sabes ya, Margarita,..... ¿qué me dirás tú ahora?

MARG. Emilio, Emilio..... dejáme de rodillas admirar tan sublime alma, tan incomprensible sentimiento.

ESCENA X.

DICHOS Y RAYMUNDO.

Este se adelanta silencioso fascinando con su mirada á Margarita, que al verlo hace un movimiento de terror:

la esencia de la situación es la presión moral que ejerce en Margarita la presencia de Raymundo; el éxito de la escena toda depende de los actores, por la difícil posición de los personajes que representan.

EMIL. *(Estrañando el silencio instantáneo de Margarita.)* Y bien, Margarita continua.....

MARG. *(Llena de terror.)* ¡Oh! Dios mío!

EMIL. Háblame, amiga mía ¿qué te pasa? háblame, si es que mi amor no te ofende, si tu desprecio no es la más racional respuesta.

MARG. *(Suplicante á Raymundo que se adelanta á Emilio como para hablarle.)* ¡Por compasión!..... No puedo.....

EMIL. ¡Compasión! si no tienes por qué demandármela: si yo no pongo tu alma en tortura, Margarita; si yo no exijo tu amor; si yo no merezco que tu me ames..... yo lo que anhelo es que me otorgues el santo derecho de consagrarte mi vida. ¿Admites, Margarita?

MARG. Emilio, mi gratitud, mi vida, ¿no te pertenecen?

EMIL. Tu vida, ángel mío?

MARG. Sí, sí..... pero si me es imposible.....

EMIL. ¿Qué es lo que detiene las palabras en tus labios?..... háblame por piedad, que yo vea el fondo de tu corazón, como tú has descendido al mío. *(Raymundo la toma de un brazo y la lleva consigo dándole á entender que ó lo sigue ó habla á Emilio.)*

MARG. Emilio, si tú vieras mi situación.....

EMIL. Pero tú te alejas..... escúchame, Margarita.

MARG. No puedo Emilio..... *(Desaparecen.)*

ESCENA XI.

EMILIO.

Ella prefiere huirme..... hace bien; su silencio es una lección..... ¡Oh mi cabeza estalla! ¡mal-

dita mi debilidad! ¿por qué hablé? ¿por qué dejé salir de mi seno este sentimiento?

ESCENA XII.

EMILIO Y ROSALÍA.

ROSAL. ¿Se le ofrece á vd. algo, Señor?

EMIL. ¿Quién es?..... ¿quién me habla?

ROSAL. Yo soy; pero en que estado encuentro á vd. ¿qué es lo que ha sucedido, Dios mío?

EMIL. Nada, hija mía..... pero dime ¿qué se hizo?..... aquí estaba.

ROSAL. ¿Quién? ¿Ese hombre? bien me lo temía.

EMIL. ¿Cómo? ¿qué dices? ¿pues quién estaba aquí?

ROSAL. D. Raymundo, que salía con la Señorita.

EMIL. ¡Ah! Raymundo!... todo lo comprendo ahora.... Dios mío! ¡oh! ¡la vista!..... la luz! él me roba mi vida, ¡y yo! ¡ciego, ciego!

ESCENA XIII.

DICHOS Y MATILDE.

MAT. ¿Pero qué es esto? Rosalía, hijo mío ¿qué agitación es esa?

EMIL. *(Con un supremo esfuerzo.)* Nada, Madre mía; me dormí, allí en ese confidente..... y estaba soñando.....

MAT. Pero ¿por qué esa agitación?

EMIL. Porque soñé que había caído este velo de mis ojos..... y que veía ¡el fondo del corazón humano!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

VALENTIN, ENTRANDO CON MARGARITA.

VALEN. Cálmate, Margarita, ya estas segura: afortunadamente entraba yo y me sorprendí al verte salir siguiendo á Raymundo..... pero te confieso que no entiendo: yo comprendí en tu ademan que pasaba algo entre los dos, y parece que mi intervencion te valió ¿no es verdad?

MARG. Sí, Valentin, en tu presencia ya no se atrevió aquel hombre á mas: y me dejó libre de aquella tortura á que me sujetaba..... ¡sí tú supieras!

VALEN. Pero serénate.

MARG. Sí, ya estoy mas tranquila..... ahora solo me atormenta el recuerdo de las frases cambiadas entre tú y él..... apenas las comprendí..... ¡dime por la Virgen santa.....!

VALEN. No te ocupes de eso: vamos, entra y con tu presencia tranquiliza á Emilio.

MARG. ¡Oh! no, Valentin..... yo no le quiero ver ¿qué habrá pensado? mi conducta le debe ser incom-